



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

VELADAS DEL HOGAR.—**La Condesa de Aulnoy.**—Memorias de la Corte de España.—Obra premiada por la Academia Francesa.—Versión Castellana por Francisca A. de la Barella.

La creadora de tantos y tan admirables cuentos de hadas, la «Condesa de Aulnoy,» que siendo á un mismo tiempo cuentista brillante y sincera historiadora, añadió páginas hermosísimas al tesoro de la literatura francesa, dejó entre sus obras una que siempre será leída con fruición y consultada con interés.

Y esa obra es la que hoy se ofrece al público primorosamente traducida por Doña Francisca A. de la Barella, la ingeniosa escritora que con tanto acierto vertió al castellano las «Cartas á Paquita,» que inauguraron esta colección.

Las memorias de la Corte de España, vividas por su autora en época turbulenta, tienen el sabor de la verdad, y á cien leguas se advierte que no son fruto de exaltada y fogosa imaginación, sino resultado de observaciones atinadas y sesudas.

Efectivamente, «La Condesa de Aulnoy,» que por circunstancias especiales de

la vida fué á España para desempeñar secreta misión, aprovechó su estancia en Madrid para escribir las páginas del libro que hoy se publica y en las que relata con sincera y desapasionada honradez los interesantes sucesos que entonces se desarrollaron.

Y con acierto de artista exquisita y habilidad de escritora experimentada, «La Condesa de Aulnoy,» nos hace retratos verdaderos de los más importantes personajes de la época, nos refiere anécdotas preciosas, como las de las patinadoras y las medias de la reina; no se concreta á contarnos las intrigas palasiegas y cortesanas, sino que en muchas ocasiones toma la defensa del pueblo oprimido y arremete franca y lealmente á los altos poderes, causantes de sus desdichas.

Por si esto fuese poco, la «Condesa de Aulnoy,» añade un encanto muy grande á su libro con descripciones brillantísimas, y lo mismo en la relación del viaje de la Reina de Irún á Madrid, que en la triunfal entrada de la corte de la hermosa soberana, hace gala de extraordinario colorido y gracia exquisita, se muestra estilis-

ta sin par, y con ello contribuye poderosamente á completar los encantos de este libro delicioso, que no dudamos alcanzará un éxito tan grande como todos los publicados en la colección de Veladas del Hogar.

VELADAS DEL HOGAR.—**Diario de una pensionista de Port-Royal de Marcel Dhanys.**—Versión Castellana de Doña Emilia Pineda de Fernández, con notas á guisa de prólogo por Julio Laborde.

«El Diario de una pensionista de Port-Royal,» es una de las obras más interesantes que en este género se han escrito.

Su autor, la eminente escritora Marcel Dhanys, ha sabido presentarnos con tacto y habilidad verdaderamente exquisitos, un tipo de jovencita encantadora, que después de haberse asomado un instante apenas al jardín alucinador de la vida mundana, se ve obligada á ir, para cumplir tradiciones de familia y para completar su educación moral también, una larga temporada al histórico convento de monjas cistercences que se alzaba cerca de París.

Leyendo las delicadas páginas en las que se reflejan las impresiones de un cerebro casi infantil, parece que nos encontramos en presencia del manuscrito de una colegiala moderna, y no puede imaginarse nada más malicioso ni encantador que la evolución lenta y saludable que se opera en las ideas y sentimientos de la aristocrática señorita, cuya alma llega á formarse definitivamente á puro de dulzura y de cariño, y cuyo carácter aristocrático se modifica con la sublime predicación de los ejemplos que forzosamente tiene que presenciar.

Y así sucede que la severidad de un reglamento, que en un principio se le anto-

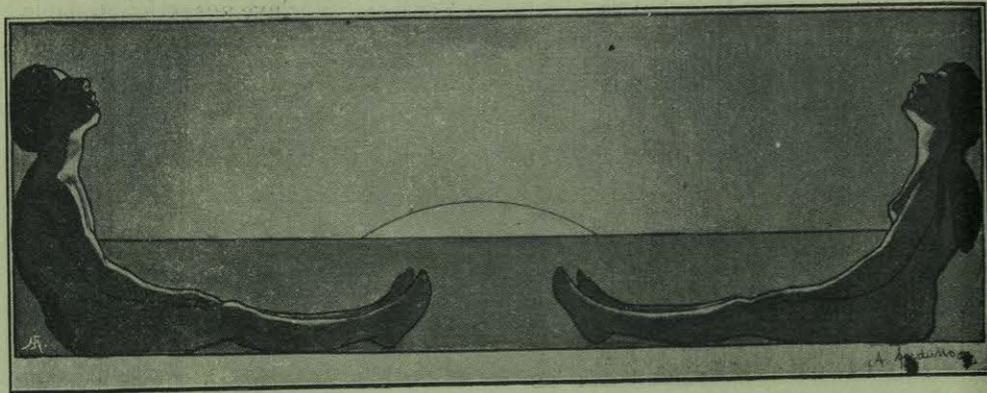
jaba tiránico, concluye por serle agradable, y así también acaba por apreciar en su justo valor cuanto le había parecido ridículo y detestable.

Es indudable que Marcel Dhanys se propuso demostrar, al escribir el «Diario de una pensionista de Port-Royal,» que las armas más útiles para entrarse de lleno en la lucha constante que la vida ofrece en todas sus esferas y manifestaciones, únicamente pueden adquirirse revistiéndose de sólida armadura moral, y ha conseguido su propósito, pues en este libro delicioso los viejos se deleitarán encontrando escenas que habrán de parecerles vividas por ellos, y los jóvenes tendrán mucho que aprender.

Ni un detalle ha escapado á la perspicacia de Marcel Dhanys, y en la obra que hoy se presenta al público, los lectores encontrarán un relato interesantísimo que les procurará á un tiempo, sano esparcimiento y sólida enseñanza.

«El Diario de una pensionista de Port-Royal,» esmeradamente traducido al castellano por Doña Emilia Pineda de Fernández, se leerá con gusto y provecho, y aquellos que tan atinadamente creen que el pasado engendra el presente, siendo éste una consecuencia lógica del otro, lo pondrán en manos de los jóvenes, seguros de que su lectura habrá de serles muy saludable para el porvenir.

El sabio catedrático de la Universidad de París, Julio Laborde, ha escrito, á guisa de prólogo, unas notas en las que á grandes rasgos hace la historia de lo que fué histórico convento de monjas cistercences, que se alzó cerca de París, y se llamó «Port-Royal.»



LA VERDAD

Debemos exigirla, no sólo de «El Heraldo,» de Madrid, y Bonafoux, sino del mundo entero. La Administración actual ha dado pruebas de moderación en justicia. Damos á continuación, la carta del Sr. Béistegui, Ministro mexicano en España, dirigida al «Heraldo,» de Madrid.

Madrid, Junio 28 de 1907.

SR. DIRECTOR DE «EL HERALDO,» DE MADRID:

Muy distinguido señor mío: Dolorosa impresión me ha causado leer en el apreciable diario que usted dirige, un artículo en que el ilustrado periodista Don Luis Bonafoux transcribe conceptos altamente ofensivos para el buen nombre de México. Según afirma, proceden de una exposición suscrita por mexicanos.

Ignoro quiénes puedan ser estos firmantes; pero desde luego no vacilo en calificarlos de malos mexicanos, ya que es muy impropio de patriotas acusar y denigrar á su país en el Extranjero.

Creo inútil refutar el artículo, porque seguro estoy de la energía y lucidez con que lo hará la prensa mexicana en cuanto lo conozca. Sólo quiero manifestar á usted, que apelo al juicio y á la opinión de la próspera y considerada colonia española de México, la más numerosa quizá de las colonias españolas en América, y al testimonio de los muchos caballeros que, después de haber residido luengos años en mi país (al cual conocen perfectamente), han regresado á la Península, seguro de que ellos serán los primeros en protestar contra las afirmaciones de los supuestos mexicanos, cuyas incalificables quejas transcribe el Sr. Bonafoux.

Usted sabe bien, señor director, que la política debe ser, ante todo, oportuna, es decir, adecuada á las condiciones y exigencias de cada país.

México, pueblo nuevo, sumido hace apenas treinta años en la anarquía, necesitaba, en razón de sus especiales condiciones, política especial.

Que esta política, á veces enérgica, pero siempre clarividente, ordenada y justa, ha sido benéfica al país, pruébanlo el creciente crédito de la nación en el extranjero, la inmigración cada día mayor de europeos, que van á buscar allí más amplios horizontes; la afluencia, cada vez más considerable, de capital extranjero, y la paz absoluta de que disfrutamos hace tantos lustros.

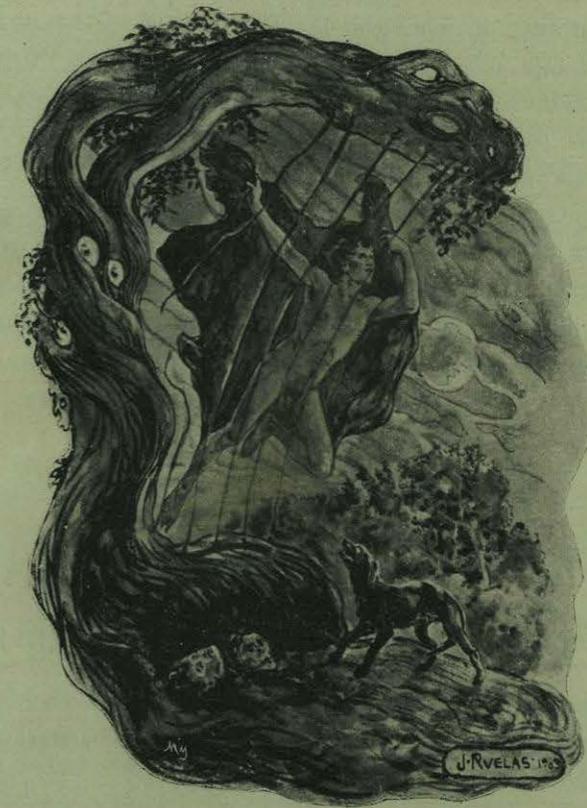
Creo que estos hechos patentizan mejor que todos los argumentos, lo acertado de los actos de nuestro egregio Presidente y

de sus colaboradores, actos que merecen y han merecido siempre la aprobación del mundo civilizado.

De la grande ilustración de usted, así como de la oportunidad con que su diario trata todos los asuntos y de la imparcialidad de éste, espero la publicación de las anteriores líneas.

Al anticiparle por ello las más expresivas gracias, me es muy grato subscribirme de Ud., afectísimo S. S. Q. B. S. M.

J. A. DE BÉISTEGUI.



gocijadas (viejos cuentos de monjas y frailes, que ponen risa en las bocas de las mozas y un poquitín de rubor en sus mejillas).

Desde luego, toda la obra de este pintor de quien hoy hablo, lo mismo sus cuadros que sus aguafuertes, está caracterizada por una independencia absoluta en la técnica. Y aun creo que la palabra independencia no da el verdadero matiz de expresión; es algo más que eso: es una despreocupación, un desdén que no tienen palabra que los defina en castellano, y yo osaré decir: es un *manfutismo*, castellanizando la expresiva locución francesa para encontrar el término exacto que caracteriza la obra de este pintor excepcional. Porque en otros muchos artistas de excepción, aun entre los ya citados, hay siempre una base lógica, como acontece con los dibujos sabios de Beadesley ó con la pintura ordenada y casi científica de Jan Toorop; pero en Iturrino nada de esto: es una anarquía absoluta, feroz, que reduce la pintura á su único sentido primitivo, es decir, á una *pura relación de colores que producen en nuestra retina una impresión decorativa*. Y aunque esto no es nuevo, pues desde los viejos mosaicos hasta los tapices orientales, no son más que una aplicación de este sentido de la pintura, y á pesar de que pintores tan interesantes como Monticelli, á quien los impresionistas consideran como un precursor, hayan empleado la pintura sólo en este campo, Iturrino, por lo menos en su última manera, hace esto mismo, pero con una tal furia lírica, con una fuerza salvaje tan próxima al delirio, que ante el espectador reflexivo y *que desea comprender*, aparece como un pintor fuerte é intenso. En sus cuadros, *la forma* no es más que un pretexto, y casi desaparece por completo. Estas pequeñas mujeres, vestidas de claro y tocadas con mantillas blancas, se mueven bajo los árboles redondos, de oro y carmín, con esa gracia despreocupada, semejante á los personajes de las fiestas galantes de Watteau y de Verlaine, *qui n'ont pas l'air de croire à son bonheur*. No creen, no piensan en nada más que en lu-

cir sus trajes amarillos y azules, sus faldas blancas, en donde todos los mosaicos de una paleta ebria han dejado su huella. Y sus pequeños torsos y sus caderas finas ondulan apenas, vagamente definidas, como si el pintor hubiera tenido cuidado de ocultar su dibujo para que el espectador vaya desentrañando poco á poco estas siluetas de mujercitas, que pasan frívolas, menudas y lujuriosas bajo los árboles amplios, y sobre las tapias blancas y azules de un paisaje quimérico.

Como aguafortista, Iturrino es él mismo; enfoca sus asuntos y su técnica desde un punto de vista general, sin detenerse á resolver nada concreto, sino con una visión amplia de los conjuntos, y por esto tienen sus aguafuertes una apariencia extraña y algo salvaje. La punta ha rayado apenas la plancha de cobre, y sólo grandes masas de aguainta nos dan la sensación de un conjunto algo revuelto, donde los negros y los claros se suceden con un profundo saber de colorista. Son estas mismas mujeres ceñidas por pañolones de Manila; son estas mismas caras indecisas bajo el prestigio de las mantillas negras y blancas; son estos caballistas que conducen una partida de toros á la claridad azulada de un nocturno. Y de tal modo nos atrae la sabiduría del conjunto, que no nos paramos á reflexionar, ni nos hace falta, si aquella cabeza tiene los ojos en su sitio, ó si aquel caballo tiene las patas debidamente articuladas.

Iturrino no ha buscado más que una impresión, y considerada su obra desde ese punto de vista, él es, entre los artistas modernos, uno de los que con más motivos puede ser calificado de impresionista. Por esto, al tratar de él, he querido hacer también un estudio de impresión, limitándome al puro y único aspecto exterior que tienen sus obras, y para que el día de mañana, cuando la falange de pintores nuevos llevemos á Madrid á este gran artista, que espiritualmente, es más joven aún que los más jóvenes de nosotros, podamos oponer nuestra fortaleza de convencidos á las saetas de aquellos que no comprenden,

Suma anterior... \$ 3,369 77
Lic. J. López Portillo y Rojas. 25 00
Total... \$ 3,394 77

31 de Julio de 1907.

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día

ERECION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

México, Julio de 1907.

12, á las 8.30 p. m.

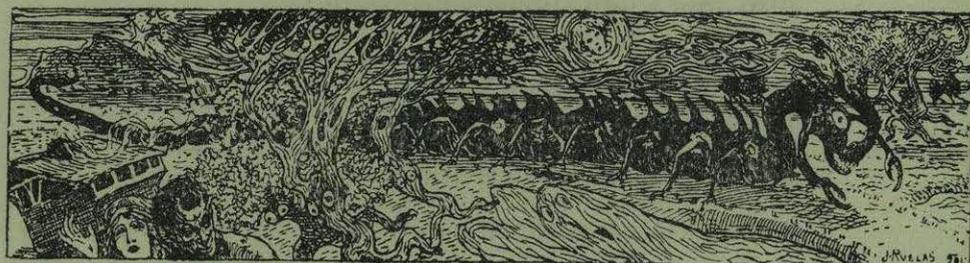
«La Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, con motivo de la celebración del primer aniversario de su fundación, se honra invitando á Ud. y á su distinguida familia, para que concurran á la Velada, que con asistencia del Señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, se efectuará en el Salón de Actos de la misma Escuela, el próximo viernes 12, á las 8.30 p. m.

La «Revista Moderna» espera dar á conocer á sus lectores, «Los Sonadores» versos pronunciados por José de J. Núñez y Domínguez, y el discurso de Alfonso Reyes.

Ya la prensa diaria dio cuenta del éxito alcanzado por la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, al celebrar con solemne velada el aniversario de la fundación de dicha Sociedad. La «Revista Moderna» espera dar á conocer á sus lectores, «Los Sonadores» versos pronunciados por José de J. Núñez y Domínguez, y el discurso de Alfonso Reyes.

SOCIEDAD DE ALUMNOS DE LA ESCUELA N. PREPARATORIA





PINTORES DE EXCEPCION*

FRANCISCO ITURRINO

Como mi ventana está abierta, he visto pasar muchas cosas asomado á ella; algunas de estas cosas eran bellas y extrañas, y yo quisiera hoy hablar de algunas con todo mi entusiasmo fuerte y juvenil. No como el poeta pido perdón al que no piense como yo, sino antes bien, le compadeceré porque no supo abrir su alma cuando á su lado, y por su sendero, pasó algo que estaba fuera de los acontecimientos de todos los días; fuera de esta implacable monotonía que ha hecho exclamar á nuestro amado Jules Laforgue:

Ah! Que la vie est quotidienne!

De cuando en cuando vemos aparecer por sobre el nivel medio, algunos hombres raros que nos desconciertan y nos atraen al mismo tiempo, porque llevan consigo el misterio, la inseguridad de lo que son. Tal vez ellos piensan con el maestro Emerson: «Cuando el genio de mi estirpe me llama, yo me olvido de todo; padres, hermanos, amigos, y escribo sobre mi puerta la palabra

raro; yo sé bien que aquello que me obliga á aislarme, vale más que una rareza, pero no se puede perder el tiempo en explicaciones.» Y á estos hombres extraños les podréis reconocer siempre; son ingenuamente originales, no adoptan ninguna postura, no llevan ningún intencionado signo exterior, y, sin embargo, vosotros sabéis que son distintos, que no se parecen en nada á vosotros; que aquello que os causa alegría, tal vez en ellos fuera tristeza, y que, casi con seguridad, vuestras penas les dejarían indiferentes. Estos hombres forman legión en la vida moderna: son poetas, son pintores.... Yo os citaré unos cuantos, que se llaman Tristán Corbière, Jules Laforgue, A. Beardsley, Jaime Ensor, Jan Toorop, Francisco Iturrino, José Solana. . . . Tienen generalmente una alma ingenua, casi infantil, y á veces son profundos y llenos de misterio, como el agua de un pozo donde se reflejara una estrella. Viven una intensa vida interior, porque han comprendido que la sed de su boca no pide la misma agua que la sed de los demás; y pasan graves, y siem-

* Este es el primero de una serie de estudios sobre tres pintores españoles: Iturrino, Darío de Regoyos y José Solana.

pre seguros de sí mismos, por entre las comparsas, sin mirarlas siquiera, pues saben que la mayor parte de los hombres son iguales, «como las cabezas de los clavos bajo el golpe del mazo,» según la bella palabra de D'Annunzio.

Del mismo modo que vosotros, yo he conocido á alguno de estos hombres, y he notado cómo, por las gentes que gustan poco de asomarse á las almas, son calificados de locos ó de farsantes, cuando no de algo peor.

Pero vosotros y yo, con qué delectación íntima les oímos hablar, las raras veces que hablan, y cuando permanecen silenciosos nos complacemos en su silencio, como en la claridad estática de una luz á flor de agua en medio de la quietud de la noche; nosotros participamos de sus pueriles entusiasmos con una gran afección tranquila, y oímos sus cóleras infantiles y puras como oiríamos el ronco borboteo de los grifos de una fuente. Y es porque sentimos en nuestros espíritus, un poco atormentados, la frescura de estas almas, que en fuerza de ser sordas á todos los ruidos exteriores, han sabido conservar una resonancia virgen, de campana de plata, en un claro amanecer campesino. Ellos dicen algunas cosas, muy pocas; pero sienten la íntima convicción de lo que han dicho y se recrean en ello, del mismo modo que un niño cuando forma, con su grave gesto transcendental, sus soldados de plomo alineados para la gran batalla. Cuando estos hombres dan sus obras para «el regocijo de los más y la meditación de los menos,» sienten la suprema convicción de lo que han hecho, del mismo modo que antes la tendrían de lo que han dicho. No de otro modo se explica su persistencia en el mismo camino: Cézanne, pintando siempre sus cosas de una aspereza salvaje, contra toda opinión, contra toda crítica, contra toda burla, es uno de los más bellos ejemplos en este caso.

Esta persistencia rectilínea no se explica más que por una unilateralidad de espíritu; por una especie de deformación cerebral que permite á estos hombres de excepción,

el desarrollo de una facultad hasta su grado más alto.

Los anteriores vagos apuntes me han sido sugeridos por la observación de algunos hombres que he conocido en mis peregrinaciones, y quiero hablar de tres de ellos que son hondamente españoles, al mismo tiempo que muy poco conocidos en España: se llaman, Francisco Iturrino, Darío de Regoyos y José Solana.

Iturrino es un hombre alto, flaco; como al hidalgo manchego, podría llamarsele «el de la Triste Figura;» el continente es desgarbado, las piernas huesudas; el torso se inclina hacia adelante en un precoz cansancio, y sobre el cuello consumido, la cabeza, española como un retrato del Greco, mira lentamente, con un gesto cansino y distraído. Y es un contraste rudo el de sus ojos claros é infantiles en el rostro moreno, orlado de barbas hirsutas que bordean una boca de violador de ninfas en el bosque irreal donde Pan persigue, loco de amor, á la Siringa. Yo hago este retrato de Iturrino, porque, casi en todos los casos, la obra definida de un artista está directamente vinculada á la catadura del artista mismo. Así, Ricardo Baroja, fino y fuerte como una cabeza de Donatello, hace una obra que parece que es él mismo; Benavente es el retrato de su producción; de la misma manera, Zuloaga pinta como conviene á sus anchos hombros hercúleos y á sus ojos inteligentes y maliciosos, y no de otra suerte Whistler hacia sus cuadros llenos de un hermetismo mallarmeano, unido á esa aristocracia simple que caracterizaba al gran pintor yanqui.

El caso de Iturrino es semejante en esto á los citados: él es *su pintura*; él es sus aguas fuertes. Y yo querría proceder lógicamente, haciendo un análisis del exterior al interior en la obra de este pintor, que como él es simple y compleja; que como él tiene picardías de senectud é ingenuidades de niño; que como él tiene los ojos claros y la boca bestial; que como él tiene la seria continencia de un viejo hidalgo y la risa drolática de un hombre de estos que encontramos por los caminos diciendo cosas re-



LAS HISTORIAS VIEJAS

Vástago de mi tiempo y de mi gente,
amo al siglo cual es: irreverente,
razonador, nervioso y altañero.
¡No más ritos ni dogmas ni consejas
ni fantasmas ni espíritu!.....

Sí; pero
á mí me gustan las historias viejas!

No me llevéis al pie del deslábrado
muro, no me llevéis junto al osado
castillo en ruinas, en cuyas bermejas
torres canta el misterio del pasado,
porque me gustan las historias viejas!

Que si murió Isabel en una estancia;
que si el rey don Fernando, al ir á Francia
por su bella Germana,
veló en la otra; que si doña Juana,
ya loca de remate,

hizo aquí algún sublime disparate
de amor, pensando en su Archiduque hermoso;
que si Carlos, el César imperioso,
con sus damasquinadas armaduras
estremeció estas cámaras oscuras,
ó que si en el Nocturno
silencio, don Felipe el taciturno
á la de Éboli espió tras esas rejas:
¡No, no me digáis tal, si embebecido
mirarme no queréis, que estoy perdido
de amores, ¡ay! por las historias viejas!

AMADO NERVO.

